

**La violencia en los medios  
de comunicación,  
generación noticiosa y  
percepción ciudadana**

Mauro Cerbino, editor

**La violencia en los medios  
de comunicación,  
generación noticiosa y  
percepción ciudadana**



**FLACSO**  
EQUADOR

© De la presente edición:  
FLACSO, Sede Ecuador  
Páez N19-26 y Patria,  
Quito – Ecuador  
Telf.: (593-2-) 2232030  
Fax: (593-2) 2566139  
[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

ISBN: 9978-67-095  
Coordinación editorial: Alicia Torres  
Cuidado de la edición: Paulina Torres  
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena  
Imprenta: RISPERGRAF  
Quito, Ecuador, 2005  
1ª. edición: febrero, 2005

# Índice

Presentación .....	9
<b>Introducción</b> .....	11
<i>Mauro Cerbino</i>	
Primera parte	
<b>Periodismo e imaginarios ciudadanos: generación noticiosa y percepción de inseguridad</b>	
<b>Seguridad ciudadana y conflictos sociales. Cobertura y tratamiento en la TV</b> .....	21
<i>Chiara Sáez Baeza</i>	
<b>Violencia, miedos y medios de comunicación: desafíos y oportunidades</b> .....	51
<i>Lucía Dammert</i>	
<b>Periodismo, medios y percepción de seguridad en escenarios urbanos. Reflexiones en el marco de la renovación urbanística y cultural de Bogotá en la última década</b> .....	73
<i>Fabio López de la Roche</i>	
<b>Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el “caso Fybeca” en el Diario El Universo de Guayaquil</b> .....	101
<i>Mauro Cerbino</i>	

Segunda parte

**Cobertura y generación de noticias sobre violencia:  
el problema de la responsabilidad social de los medios de comunicación**

**La responsabilidad del investigador periodístico de la violencia . . . . . 131**

*Álvaro Sierra*

**Las violencias televisivas . . . . . 149**

*César Ricaurte*

**De medios de comunicación y la violencia a medias . . . . . 163**

*Lenín Artieda*

# De medios de comunicación y la violencia a medias

Lenin Artieda

En los folletos e invitaciones que presentaban los temas a tratar en este seminario se planteó una relación directa entre medios y miedos. El sistema - muy sencillo-, el de siempre: suponer una manipulación por parte de los medios de comunicación con la intención expresa de amplificar, de engrandecer los *reales niveles detectados*, en los ámbitos de la violencia.

Y no deja de resultar interesante que existan estudios, organizaciones perfectas que lograron introducirse e interpretar el síndrome de lo violento cotidiano hasta llegar a la información *real*. Tremenda labor la de quienes, dentro de una sociedad fragmentada -que se avergüenza de ser víctima de aquello que las autoridades no pueden erradicar por diversos motivos-, lograron encontrar el núcleo de la estructura del miedo.

En medio de la dispersión, una encuesta. Punto de partida para quienes pretenden determinar que la causa de la violencia se encuentra en los medios de comunicación; responsables de la inseguridad ciudadana, en función de sus tabulaciones.

Dicen los teóricos que la transmisión mediática de situaciones de violencia contribuye a inflamar percepciones de inseguridad. Pocos argumentos pueden ser tan débiles como este. Basta con sacar la cabeza por una ventana para darse cuenta que en los medios de comunicación las ausencias, al hablar de lo violento, son muchas. Las calles se adornan de agresiones, el taxista no quiere poner el taxímetro, hay buses que atropellan a quien se interponga en su carrera por pasajeros, gente que escupe insultos, agravios a mujeres, a conductores que quieren pasar por una calle que se improvisó como cancha de fútbol o como cantina.

Esto que se volvió parte del paisaje urbano de las ciudades y de algunos de nuestros pueblos grandes no es, por lo general, lo que convoca a los medios. Casi siempre los escenarios que se manejan en pantalla y en diarios, son los asaltos al banco, el crimen pasional, la banda de presuntos delincuentes capturada. Allí hay un error evidente porque el universo delictivo no se remite únicamente a eso. No solo delinque el *sacapinta*, también lo hace el que invita a bailar a la enamorada, le pone escopolamina en el trago y después le *hace el amor*, así como el empleado de la empresa eléctrica que coge un billete por debajo para no cortarle la luz a quien vive en el barrio capitalino de San Juan o al dueño de la empresa textilera en la vía a Daule. Es delito y es violento el estrucho de los policías que pasan por el Gran Cacao todos los días a las dos de la mañana para permitir que sigan abiertos un par de horas más. Hablar de violencia es -sobre todo, debe ser- hablar de seguridad.

## El otro universo

¿A qué deben remitirse los medios? ¿Cuáles deben ser los espacios a conocer, las actividades a ser informadas? ¿Aquellas que se suscitan en las islas de paz, en las ciudadelas privadas? Pero si esto es precisamente una consecuencia de la violencia. Diario El Universo, de Guayaquil, nos hablaba de los niños burbuja, hijos de barrio privado, impedidos de percibir el mundo exterior. Espacios donde los vehículos circulan a la velocidad permitida pero solo porque hay rompevelocidades cada media cuadra, donde la gente camina por la vereda y cruza la calle sin mayor cuidado porque hay guardias de seguridad en cada puerta. Allí, uno deja las compras en media calle y media hora después siguen allí. En fin, es el paraíso.

¿Deben entonces los medios tomar como el *orden* a la tranquilidad de La Puntilla o de El Condado? O deben mostrar que si a alguien le roban por caminar en la noche por la mitad del Parque La Carolina, no es culpa de la policía sino de él por exponerse en una zona roja. O deben señalar que en la Mariscal se vende droga a vista y paciencia de todos. O que la manifestación de las organizaciones sociales de América Latina, reunidas en Quito, se convirtió en una agresión de pseudo pandillesca a la propiedad privada. Un grupo de ellos, más allá de la legitimidad y validez de sus conceptos y pro-

puestas ideológicas, salieron a caminar en el cierre de su foro y en el camino pintaron paredes, rompieron vidrios, bajaron llantas y golpearon a los camarógrafos que los filmó mientras pintaban consignas alusivas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. ¿Cuáles son las realidades sociales a las que nos vemos sometidos? ¿Por qué el publicar elementos constituyentes de nuestra cotidianeidad se asumen por las elites como sensacionalismo?

¿Acaso la ciudad en la que vivimos no se encuentra claramente delimitada por la violencia continua, las agresiones frontales, el oprobio? O es que únicamente debemos considerar como válido, esos otros elementos constituyentes de lo urbano. Así, las proyecciones de cine arte en el MAAC, la tertulia en el Café Libro, la exposición de los grabados de Picasso, el concierto de Tadashi Maeda y Bolaños Jazz, las fotografías de Jorge Massuco o Héctor Napolitano tocando en pelotas.

### El sino de los críticos

Una de las constantes de los críticos de televisión ha sido el pedir, el exigir, una televisión libre de crónica roja. Esto, a cuenta de una difusa representación de *mayorías* que muchos no entendemos todavía quién se las dio, pero que espectamos como parte del espectáculo mediático en el que intentan ingresar también los diarios.

Allí, los críticos hacen lo posible por definir en pequeños espacios la razón de la guayaba. Sin embargo, resulta francamente inexplicable como es posible que los *criterios* y el *alto conocimiento* tengan pequeños espacios pseudo editorialistas en las secciones de farándula: Entretenimiento, de Diario El Comercio; En Escena, de Diario El Universo.

El horror de los críticos ante la crónica roja responde a un margen teórico difuso e incompetente, en lo que se refiere al análisis de los medios. Y se constituye en una respuesta sectaria, fragmentaria e inútil, porque no ayuda a que se solucione el problema de la violencia. Se convirtieron en evaluadores decadentes porque nunca se dieron cuenta de la raíz del problema. ¿Cuál es la propuesta de los críticos? ¿Ocultar la violencia, callarla, manipularla? Eso tampoco sirve, porque las agresiones responden a una realidad nacional congénita de injusticia. Pero de eso no hablan. Para eso no hay palabras. Parece entonces -por no decir, se evidencia- que desde una moral



burguesa o aburguesada se defienden los derechos, esos sí de la burguesía, a no ser escandalizada con una gota de sangre en la pantalla.

Ellos intentan construir una teoría en función de fragmentos de textos periodísticos. No conocen los antecedentes ni los procesos. Apenas atisban lo que se proyecta y en base a eso construyen un imaginario visceral, falto de rigor y a toda luz irrelevante. Porque no es cierto, porque denota una doble intención que va más allá de la crítica televisiva. Por esa razón hablan del *periodismo televisivo*, con la intención de establecer una distancia; quizás para que los canales no se vean involucrados en la decadencia de los medios impresos.

Que al transmitir crónica roja se cultiva violencia, que es apología del delito incluso, dicen las teorías criollas resultado de la iluminación pop. Sería interesante el ejercicio de no cubrir un día, una semana, un mes, este tipo de hechos para que quede en claro, una vez más, que no es cierto que la violencia exista porque se publica. Por el contrario, si en los canales hubiera cincuenta equipos de noticias y se decidiera solo cubrir el crimen, no alcanzaría el tiempo de los noticieros para poner las notas de los robos, de los asesinatos, de los estruches, de los allanamientos, de las peleas, de las estafas, de los suicidios.

Ahora, es real que hay quienes abusan de la propedéutica de la televisión; pero no por eso hay que admitir como solución la teoría de la ascepción, que se constituye en un puritanismo pervertido, el rato que se quiere elegir como doctrina.

## Los otros violentos

Uno de los temas constantes de quienes tienen la *compleja* labor de hacer crítica de televisión es el de la violencia contra las minorías. ¿Pero quién nos habla de las minorías violentas? La violencia de los medios no está en la crónica roja. Está más cerca y por lo general no tiene una gota de sangre. ¿Qué es más violento, mostrar los pies de un cadáver o ser canal de protestas que no tienen ni la magnitud, ni el sustento conceptual, ni la autoridad moral como para constituirse en gestas populares? Porque esa parece ser, finalmente, la pretensión de algunos medios. Los análisis se quedan en los hechos que se presentan, no van más allá. Y me refiero a los diarios, que tienen más

espacio en sus publicaciones para ejercicios de ese tipo. Que tienen a los críticos, pero ellos están para otras cosas.

Volvamos al desorden nacional. ¿No es violenta una amenaza en contra del gobierno o de una persona? ¿No es violencia la intención de desestabilizar el orden constituido? O es que basta el inventarse un motivo para que la cosa cambie. El criterio de vulnerabilidad que los medios han endilgado a grupos como el de los indígenas, por ejemplo, es, ese sí, impulso y motor para una actitud agresiva que golpea a la sociedad. Pero de eso pocos se sorprenden, porque el silencio de *todos* hizo de la agresión un derecho.

Incluso de la que hacen los críticos. En una de sus columnillas del mes de septiembre, César Ricaurte -crítico de diario El Comercio- citaba a la revista Rolling Stones y decía que los periodistas que cubren la guerra en Irak, lo hacen desde la piscina del hotel, viendo Al Jazeera para obtener la información y fumando hachís. ¿Dónde está la confrontación de la fuente a la que, académicamente, apela Ricaurte cada vez que le conviene en la construcción de una crítica? O es que como son periodistas norteamericanos no importa meter a todos en un mismo saco, no elaborar un cuestionamiento a lo publicado por la revista, ceñirse simplemente a ese reporte, tan solo sugerir que eso es cierto porque lo dice Rolling Stones es una muestra del peor periodismo, de aquel que se permite ser concesionario de la calumnia.

Para sostener una discusión seria sobre la violencia en televisión no es necesario elevarnos al espacio de las categorías entre efectos catárticos y mímicos, referirnos al bricolaje o decir que como nada nos gusta todo forma parte del *trash tv*. ¿A final de cuentas, a quién tiene que responderle el medio? ¿A quienes amargamente se lamentan no poder ver las películas de De Sica en italiano en horario triple A o a ese otro que escucha Aladino sentado en una jaba de cervezas, en el velorio de su hermano, al que encontró en la Perimetral?

El sujeto desposeído, a diferencia de las elites, no considera como una intromisión la presencia de los medios de comunicación en aquellas instancias que se constituyen en las de su mayor dolor. Por el contrario, intentan encontrar en ellos una vía hacia un lejano concepto de justicia del que solo tienen referencias. Esto no quiere decir que a los sectores populares se los deba alimentar de violencia y que la crónica roja deba ocupar los espacios estelares de los informativos. Sin embargo, no podemos cerrarnos a la lógica de quienes no ven ni leen sobre las negociaciones del Tratado de Libre

Comercio porque sencillamente no lo entienden. Allí, un pendiente para todos los ejecutores del periodismo que no encuentran o no les interesa determinar la manera de aterrizar aquellos asuntos de la alta economía.

La sociedad es violenta, la corrupción y la mala aplicación del poder están cargadas de violencia. El Ecuador es un país violento. Pero es un error creer que lo que pasa o deja de pasar está marcado por las agendas informativas de los canales de televisión. El espectador no es una masa influenciable que reacciona siempre de una misma manera ante un impulso. El negarle al televidente la posibilidad de discernimiento es otra de las concesiones que se atribuyen los lectores de la televisión.

Y es que se basan en los estudios norteamericanos que refieren un incremento de las actitudes violentas en función de lo televisado. La variabilidad de la asimilación humana en base a causalidades, no es una opción. Y se equivocan en el momento en que sustentan el análisis solo en lo emitido y no en las diversas percepciones que pueden tener sobre un asalto a un bus - donde murieron un delincuente y un policía- el empleado de un banco, el ama de casa, el pandillero del barrio suburbano o el profesor universitario con la barriga vacía.

Los ecuatorianos no estamos conscientes de nuestros derechos a ser informados, ni nos interesa. Este es un país que cree estar constantemente informado cuando en realidad es víctima de una manipulación, también violenta, por parte de quienes ejecutan el periodismo, de quienes ejecutan al periodismo. Allí están los ejemplos de los entrevistadores que responden a consignas, que convierten el set en el espacio de las *vendettas* personales, o aquellos que son de una tibieza candorosa. Allí están los titulares en tipografía extragrande expresando el criterio de un grupo empresarial en función de sus intereses económicos, la noticia que no se contrapone y que intenta generar opinión en base a los rumores.

Al final, a cuenta de una pretendida transparencia nos encontramos con un periodismo tergiversador que intenta hacer carne del escándalo. Y no es solo la televisión, en este ejercicio de rumores casi todos van de la mano. A veces les resulta, y otras no, el golpe de Estado.

El problema de la violencia o de lo violento en la televisión no está en el hecho de sangre por sí mismo. El problema radica en que el hecho violento queda simplemente como un acto referencial de algo más. El muerto no es importante por sí mismo, sino en función del criterio educativo que pueda

surgir de allí: la identificación de una zona violenta, la aparición de una pandilla, la convocatoria a la denuncia de un delincuente para que pueda ser juzgado. Esto, por lo general no sucede. Decir cómo se pueden reducir las probabilidades de ser víctima de un delito debería ser la norma, pero no se lo hace por temor a parecer redundante. Pero a ser incompletos no se teme.

Las manifestaciones indígenas, sindicales, de los más diversos sectores, nos llegan a los medios de comunicación y luego son proyectadas a la teleaudiencia por el lado de la política, la economía y lo social, precisamente porque es violento. Por eso es que todo aquello referente a lo cultural y a lo religioso no tiene cabida. Únicamente en el momento en el que son protagonistas o actores secundarios de un conflicto es que se los toma en cuenta.

Los medios, todos, están inmiscuidos en espacios criollos de violencia tibia. Nos tiemblan las piernas de pensar que podemos encontrarnos un muerto en la calle; sin embargo, no nos interesa si es que lo matamos porque decimos o dejamos de decir algo, porque hay un compromiso de por medio o porque alguien decidió someterse a la censura de los dueños de los medios y a la violencia con que se imponen, en base a una amenaza que pone sobre sus cabezas el péndulo del desempleo.

Claro, hay quienes se prestan gozosos y participan activos de todo un proceso de creación de víctimas, elemento fundamental de los *especialistas* en el tratamiento de un ensayo de crónica roja. No importan los motivos: si hubo abuso policial, si hubo incorrecciones en los procedimientos, lo único que sustenta la nota es un cuerpo y un rumor. Con eso les basta y sobra. El llamado de la inmediatez reduce los pasos a seguir a su menor expresión, bajo la consigna de que lo publicado es cierto. Rectificaciones, casi nunca. A final de cuentas, el dueño del muerto difícilmente reclama.

## De lo social inmanente

En otros tiempos del periodismo -ahora que solo tiene sobresaltos- lo delictivo era una cuestión de sorpresas, de emociones, a veces con un contenido épico producto del reflejo del Robin Hood que se había quedado prendido en la memoria de los de antes, en el periodismo de los años 50. Eran sucesos ocasionales y brillaban por su rareza, el destino de la nota de prensa no era otro que la exaltación de la audacia en ciudades aletargadas por el abu-

rrimiento. Edgar Allan Poe, Sir Arthur Conan Doyle, Georges Simenon permanecían inmanentes en la memoria de los viejos periodistas. Hoy, esos hechos se integraron a la normalidad, a lo cotidiano y perdieron su impacto; a veces ni siquiera son noticia, en otras ocasiones sí lo son pero no resultan atractivas como para publicarlas.

Y es que las ciudades cambiaron. Hoy se roban entre pobres, se asesinan por un par de zapatos deportivos, las pandillas están pendientes de la hora que se va el vecino para allanarle la casa y dejarlo en la calle. Allí está el motivo del asombro, la diferencia. El ladrón, el *choro* de antes, robaba, sí, pero robaba en otras partes. Vigilaba que no roben en su barrio y así se hacía acreedor de un estatus. Era el *señor Choro*, *don Choro*. El desconocimiento de la historia de las ciudades, de sus violencias, es lo que provoca la desaprensión y el rechazo de quienes analizan el fenómeno en función de presente.

Es un error el asumir que todo lugar en donde se encuentre un acento sobre la crónica roja está motivado por intereses morbosos o de claro interés por captar una porción mayoritaria del pastel de la sintonía. Hay una realidad, en las calles se percibe que cuando la temática se deja de lado es porque existe una tendencia a subestimar los problemas constantes de la inseguridad ciudadana. Y esto se da porque el mayor despliegue informativo se lo asigna a cuestiones de orden público, escándalos políticos, asuntos de la macroeconomía y disquisiciones sobre el quehacer de las más extrañas minorías.

La crónica roja debe apuntar hacia lo educativo y lo preventivo. Decir que por cada secuestro, asalto, estruche o robo que hay no se puede ni se debe realizar un manual de actividades para evitarlo, es errado. La seguridad es la prioridad de la ciudadanía. En la esencia de los intereses vitales están la defensa de la vida, la integridad, la propiedad. Entonces, por guardar las apariencias, es una necedad temeraria desconocer que la delincuencia campea por las calles y que cualquiera está expuesto a una agresión.

¿Cómo se hace de la crónica roja un elemento de carácter educativo? En inicio, se entiende que podría generar resultados el instrumentar una estrategia informativa y orientadora para el tratamiento diario y sistemático de los temas inherentes a la seguridad ciudadana.

En televisión, la crónica roja tiene que ser el camino para llegar a la audiencia con información sobre seguridad. Pero para lograr eso tiene que dar-

se un remezón en quienes se encargan del manejo de la política editorial de los medios.

El género del crimen, en la televisión, tiene éxito porque es a través de esa información que la gente ve representado el drama de su inseguridad. ¿O es que todavía hay quienes creen que el *Extra*, el diario más comprado de este país, y TC, uno de los canales más vistos, tienen gran audiencia porque no hay nada más que ver? El problema no es de educación sino de identificación. Intentando encarrilarse en esto, que no es tendencia, vemos como los diarios apuestan a una crónica roja regionalizada, como el *Últimas Noticias*, mientras otros prefieren abrirse un espacio con amplios segmentos de farándula.

Esta es la evidencia de que los medios de comunicación, en la mayoría de los casos, no proponen. A duras penas, reaccionan. Y la reacción tampoco es propositiva, sino que consiste en alinearse con rasgos ideológicos.

Los detractores de la crónica roja, amparándose en posiciones presuntamente ideológicas se lanzan en un frenesí, atacando las consecuencias, negándose a ver las razones, los puntos de partida de aquello que analizan. Parece entonces, al revisarlos, que el Universo es la Capilla Sixtina y la televisión los infiltradores de la noticia maldita. Distribuidores de algo que de otra manera sería inalcanzable para cualquier ser perteneciente al género humano.

Es interesante analizar cuál debe ser la postura de los medios ante los informes que surgen producto de estrategias de gobiernos locales o centrales. No hace poco, casi todos los municipios afirmaban que no podían lidiar con la inseguridad, que eso los alejaba de otras atenciones ciudadanas, que eso era labor de la Policía. Hoy opinan todo lo contrario. Y ahora que se han hecho cargo, aunque sea de manera parcial, aparecen milagrosa, sospechosamente, resultados que dan cuenta que si se hubieran atrevido antes, esto sería más parecido a Estocolmo y menos a La Marín. En Estados Unidos, la CNN con el paso de los presidentes ha ido manejándose en base a lemas centrales, los mismos que manejan sus regímenes. Así, hemos visto desde *ley y orden*, *guerra contra el crimen*, *guerra contra las drogas* y ahora *guerra contra el terrorismo*. En nuestro país, *la mano dura* es algo que a los medios les ha dado por reeditar de cuando en cuando, a cuenta de que a la gente le gusta.

Con el paso de los años, este es un país en donde la gente cada vez compra menos los periódicos porque necesita esos centavos para comprar un li-

tro de leche o un paquete de marihuana. Esa es la pobreza y la descomposición en la que nos encontramos sumidos. Esa es la realidad violenta que algunos solo la consideran válida en pantalla si es que les llega a través de un documental de la televisión española.

Desde el periodismo escrito se ataca a la televisión. Desde la televisión no se ataca al periodismo escrito. Desde el periodismo escrito no se ataca al periodismo escrito, aunque dan ancho pretexto para ser criticados. Y se han constituido en trinchera de un ataque a la televisión como estamento informativo, como negocio. Cuando los críticos afilan las navajas es, por lo general, porque están preocupados por el lenguaje de Mariam Sabaté, por los calzones de Carla Sala, por la falta de criterios de José Luis sin Censura. Por ello es que se afianzan como expertos en banalidad, porque se quedan en la superficie, porque su pensamiento de elite no les permite llegar siquiera a entender por qué tanta gente prefiere ver esos programas y no otros. Al final, todo apunta a que los críticos están imbuidos, les encanta -porque no lo entienden- la crónica roja y los programas de payasos.





Este Libro se terminó de  
imprimir en febrero de 2005  
en la imprenta RisperGraf C.A.  
Quito, Ecuador